

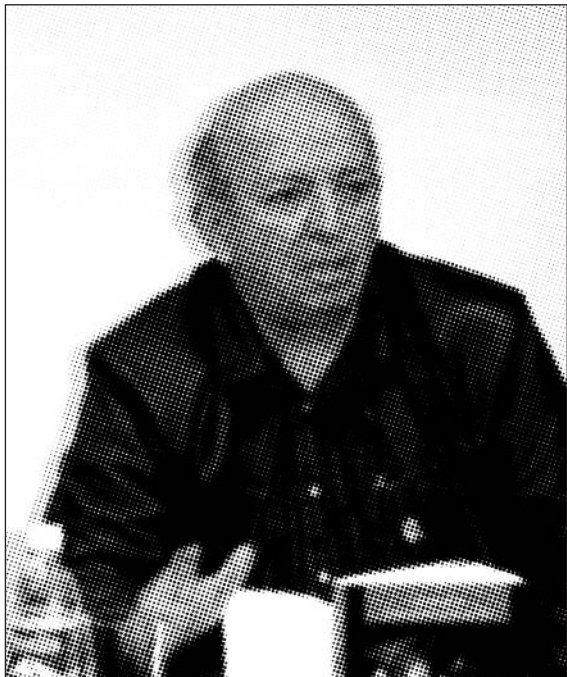
El M-9 y una reflexión acerca de las guerras inútiles

Un diálogo con Otty Patiño

Jorge García y Camilo Mongua
Estudiantes de maestría de FLACSO-Ecuador

Fecha de recepción: enero 2010

Fecha de aceptación y versión final: marzo 2010



El compromiso de Otty Patiño con una sociedad capaz de asumir retos y responsabilidades respecto de la paz y la democracia es de toda su vida. Este compromiso le ha llevado a desarrollar una permanente vinculación con la política, con la historia y con la investiga-

ción sobre conflictos y soluciones en diferentes contextos. Otty Patiño fue militante guerrillero, cofundador y parte del Comando Superior del Movimiento 19 de Abril (M-19); fue negociador de los acuerdos de paz con el Gobierno Colombiano en 1989 que implicaron la desmovilización del M-19 y su entrada en el ejercicio de la política. Fue elegido por voto popular como delegado a la Asamblea Nacional Constituyente de 1991, que llevó a la actual Constitución Política de Colombia. Asimismo, es fundador del Observatorio para la Paz a través del cual presentó sus investigaciones sobre los paramilitares, sobre el Ejército de Liberación Nacional y sobre las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Actualmente se desempeña como Director del Observatorio de Culturas de la Secretaría de Cultura de Bogotá.

¿Cómo y cuándo empezó a militar en el M-19?

Soy uno de los fundadores del M-19 (Movimiento 19 de abril)¹. Antes de integrarme a esta agrupación no había militado en otra organización revolucionaria, aunque tuve una aproximación con el Frente Unido de Camilo Torres.

Después participé en un levantamiento indígena que se dio en los llanos orientales de Colombia. Eso se agotó después de lograr algunos resultados interesantes, pues evitó el exterminio de esa población. Gracias a este levantamiento los guahíbos obtuvieron el reconocimiento de algunos derechos y el establecimiento de una reserva indígena —un pedazo del territorio llanero que estaba siendo ocupado rápidamente por un brutal proceso de colonización—. Los guahíbos eran indígenas seminómadas del llano y los habían arrinconando contra la selva a punta de presiones, que hoy se conocen como desplazamiento forzado.

Cuando terminó esa aventura justiciera quedé desprogramado. Uno se mete en la vorágine de la guerra revolucionaria y eso lo atrapa, a pesar de que en los años setenta ya había ocurrido una decantación crítica contra las armas como método de lucha revolucionaria. Había fracasado el modelo del foco guevarista y se mantenía la crítica contra la concepción de guerra de resistencia que originaron las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia).

Pero aparecieron otras personas que empezaron a unir la lucha de masas con la lucha armada en el escenario urbano y me fui juntando con el núcleo fundacional del M-19 cuyo líder más importante fue Jaime Bateman².

1 El Movimiento 19 de Abril (M-19) surge a raíz de los “fraudulentos” resultados de las elecciones presidenciales del 19 de abril de 1970, en que el candidato de la Alianza Nacional Popular (ANAPO) fue derrotado por el conservador Misael Pastrana. El grupo queda constituido hacia 1974.

2 Fundador y líder del M-19 hasta su muerte en abril de 1983.

¿Cuál fue su participación en el M-19?

En el M-19 hacíamos un poquito de todo. Yo participé en las diferentes actividades de una organización rebelde, con esa concepción “integral” de la guerra que teníamos como organización político-militar, aunque me especialicé más en la propaganda. Yo siempre fui muy tímido pero encontré una veta comunicativa de las ideas revolucionarias en el lenguaje escrito. Bateman decía que el principal diálogo del M-19 debía ser con la gente común y corriente, con el pueblo y no con la izquierda. Esa orientación básica hizo que nos alejásemos de los lenguajes esotéricos que tenían las izquierdas. Al contrario de la mayoría de los compañeros que hacían parte del núcleo fundacional del M-19, yo no tenía ninguna formación doctrinaria. Por esa razón, no tuve que hacer mayor esfuerzo para construir un lenguaje adecuado para el propósito de establecer una comunicación con las masas.

¿Cuándo decidió el M-19 dejar las armas?

Eso ocurrió después del fracaso del proceso de paz con Belisario Betancur (Presidente de Colombia entre 1982-1986), después del holocausto del Palacio de Justicia. [Ya un año antes, cuando se firmaron los Acuerdos de Corinto de cese al fuego y la búsqueda de una salida política al conflicto armado] Carlos Pizarro³, el último comandante general del M-19, supo que la guerra como expresión política estaba agotada. La toma del Palacio de Justicia⁴ fue el último intento que hizo el predecesor de Pizarro, Álvaro Fayad, para endere-

3 Después de la muerte de Jaime Bateman y de las comandancias de Iván Marino Ospina y Álvaro Fayad, Carlos Pizarro asume el comando del M-19, en 1983. Tras la desmovilización del M-19, se lanza como candidato presidencial por la Alianza Democrática M-19 en 1990, año en que es asesinado.

4 Efectuada en noviembre de 1985, tras la ruptura de los Acuerdos de Corinto firmados en agosto de 1984. Ruptura provocada por los ataques del Ejército a miembros y campamentos en tregua del M-19.

zar un proceso de paz que no iba para ninguna parte, o mejor dicho sí, se estaba produciendo lo contrario, una profundización de los odios y la confrontación. Belisario quería lucirse como hombre de paz, pero no sabía cómo orientar a las fuerzas políticas ni a las fuerzas armadas. Eso había creado una gran desazón en toda Colombia, la prensa ayudaba a esa confusión y Fayad pensó que había que poner las cosas en su sitio con un acto de fuerza en el corazón de Bogotá. Pero la toma de la Palacio por parte del M-19 y la contra-toma por parte de los militares, en lugar de aclarar el ambiente lo volvieron más trágico y más confuso. “Allí perdimos todos” reflexionaba más tarde Pizarro, quien por un tiempo quiso tensionar en otros escenarios la confrontación militar con el Estado. Sobrevino entonces la creación de una fuerza militar de estirpe guevarista, el Batallón América, pero el pueblo colombiano había entendido, antes que nosotros, que la lucha armada revolucionaria en Colombia estaba agotada. Después de ese esfuerzo, Pizarro hizo otro de carácter unitario con las guerrillas colombianas, pero no obtuvo una respuesta satisfactoria.

En esa época, en Colombia había una cantidad de grupos armados en la insurgencia, las FARC, el EPL (Ejército Popular de Liberación), ELN (Ejército de Liberación Nacional), el M-19, Quintín Lame, entre muchos otros, lo que generaba confusión. Como si fuera poco, el narcotráfico había irrumpido en la escena de la confrontación y empezó a copar espacios institucionales como el de la Policía en Cali, el del Ejército en el norte del Valle del Cauca y a crear nuevas expresiones contrainsurgentes, así como los grupos paramilitares en el Magdalena Medio. Los narcotraficantes empezaron a perfilar-se, con Pablo Escobar en Medellín, como un actor armado con su agenda reivindicativa alrededor de la no extradición.

Un sector de la clase dirigente comenzó entonces a contemplar la necesidad de restablecer la gobernabilidad mediante un acuerdo nacional que incluyera nuevas fuerzas en un régi-

men político, tradicionalmente bipartidista y excluyente. Pizarro entendió que en ese momento se abría una oportunidad en la crisis de las armas y formuló una nueva política para el M-19 que sintetizó en tres frases: “Guerra a la oligarquía, paz a las fuerzas armadas y vida a la nación”. No se equivocó. Con el secuestro de un conspicuo representante del régimen oligárquico, Álvaro Gómez⁵, se puso en evidencia la debilidad del régimen imperante, su necesidad de un entendimiento con la insurgencia. Así surgió el nuevo proceso de paz cuyo inicio se dio en el departamento del Tolima, el 10 de enero de 1989, cuando Carlos Pizarro como comandante general del M-19 y Rafael Pardo como Consejero Presidencial de Paz, firmaron una declaración donde invitaban a los partidos políticos, a los grupos guerrilleros, a las fuerzas vivas de la nación a construir un acuerdo nacional para alcanzar la paz. En ese comunicado, el M-19 pronunció, por primera vez, la palabra desmovilización como promesa cierta de una paz irreversible.

Pero los demás grupos guerrilleros desoyeron este llamado, las fuerzas políticas no gubernamentales, la Unión Patriótica [brazo político de las FARC] y el Partido Conservador, terminaron desertando del proceso de paz. En tanto, el narcotráfico con Pablo Escobar unió sus fuerzas con la contrainsurgencia en el Magdalena Medio, manejada por otro narcotraficante, Gonzalo Rodríguez Gacha, y en 1989 asesinaron a Luis Carlos Galán, candidato a la presidencia de Colombia por el liberalismo, quien se perfilaba como el líder más capaz de enfrentar las acechanzas de los narcos.

Este acontecimiento obligó al Gobierno nacional a darle prioridad a la lucha contra el narcotráfico y quiso que el acuerdo de paz con

5 Secuestro a través del cual se presionó al gobierno de Virgilio Barco para la instauración de una mesa de negociaciones que arribara a un acuerdo de paz y reconciliación. Álvaro Gómez fue liberado después de cincuenta y tres días lo que dio lugar a “La Cumbre de Salvación Nacional”, meses antes de que el M-19 lograra instalar una mesa de diálogo formal con el Gobierno.



el M-19 tuviese un componente de guerra contra las drogas. Así, metió el tema de la extradición entre las reformas pactadas con el M-19, pero el Congreso rechazó la extradición. Entonces Virgilio Barco (Presidente de la República entre 1986-1990), decidió tumbar todo el proceso. Eso ocurrió en diciembre de 1989, demostrando que el Estado colombiano era incapaz de adelantar un proceso de paz. Lo único que se logró fue la aprobación de una ley de amnistía que, sin ser amplia, era útil para el ejercicio de la política por parte de los militantes del M-19 en trance de abandonar las armas. Le tocó al M-19 salvar el proceso con una salida a la vida política, confiando en la voluntad popular.

Estamos a veinte años de habernos desmovilizado, nosotros nos desmovilizamos el 9 de marzo de 1989 y el 10 de marzo participamos por primera vez en elecciones. Era una paz a las carreras, precaria, sostenida por el fervor popular y la convicción de Pizarro de que estábamos en el camino correcto. Fue un proceso de reinserción en la vida civil muy complicado

e improvisado, porque salimos de las armas al ejercicio de una política muy dinámica en ese momento. El asesinato de Pizarro al mes de habernos desmovilizado, nos puso el primer gran desafío político: si continuábamos en la paz o retomábamos la guerra. La decisión fue continuar en la paz y participar en las elecciones presidenciales con Antonio Navarro. Después participamos en la Asamblea Constituyente de 1991, donde fui elegido delegatario en una alianza heterogénea con sectores conservadores, liberales y hasta autodefensas metidas en las listas. Pensábamos en una lista nacional como la visualización de un nuevo país y logramos ser una fuerza decisiva en la Asamblea Constituyente con otras fuerzas [el Partido Liberal, el Partido Conservador y El Movimiento de Salvación Nacional]. Ya no era el M-19, pero sí esas ganas que iban más allá de la Organización, de construir un país distinto.

¿Cuál ha sido su actividad después de dejar las armas?

Vino entonces la debacle de la AD M-19 (Alianza Democrática M-19), pero creo que una virtud fue mostrar que la paz era necesaria y posible para la democracia. Desde entonces he estado en diversas actividades relacionadas con la paz y creamos al final de la década de los noventa el Observatorio para la Paz, desde donde hemos hecho reflexiones sobre la situación del conflicto porque los procesos de negociación de los noventa no están terminados. Por supuesto que se abrió un camino, que otros intentan cerrar, un camino de consolidación de la democracia y de lograr una Colombia en paz, en paz consigo misma, entre otras cosas. Producto de esas reflexiones hemos hecho varios libros sobre los actores del conflicto, bautizados por la editorial Intermedio —con un interés muy comercial— como “Las verdaderas intenciones de...” los paramilitares, el ELN, las FARC. El último libro que sacamos se llama *Guerras Inútiles*, que es una historia de las FARC, pero más allá, es una his-

toria de la violencia que empieza con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán⁶.

A propósito de la presentación de su libro *Las Guerras Inútiles*, nos queda precisamente la inquietud sobre la inutilidad de las guerras en Colombia.

Bien, el tema de la paz se empezó a volver muy importante en Colombia antes de 1981, cuando Jaime Bateman planteó la posibilidad de resolver el conflicto de una manera dialogada en la toma de la Embajada de la República Dominicana, un año antes. En esa toma se configuró una maqueta, en pequeño, de lo que sería una solución negociada. Estaba la comunidad internacional, estaban los guerrilleros, estaba la sociedad civil, la prensa, en algo que duró cerca de dos meses, y estaba la camioneta amarilla, que era un sitio de diálogos, y, desde luego, toda la opinión nacional. Esto abrió un diálogo en un país donde la violencia parecía ser el punto en común e inagotable; se logró mostrar que las cosas se podían solucionar de otras maneras y el movimiento por la paz, el movimiento civil –ya no ligado a la guerrilla– comenzó a brotar en Colombia de una manera fuerte, hasta el punto que, cuando se logra el proceso de negociación, se sacralizó el tema de la paz como opuesta a la guerra.

Sin embargo, esa oposición de paz y guerra en Colombia es un poco falsa, en el sentido en que la guerra cuando no tiene límites, cuando los conductores de la guerra no le ponen límites, es violencia, simple y llanamente. Lo que hace que una guerra, cuando no es inútil, pueda llevar a la paz es que tenga conducción, es decir, se sabe orientar y poner límites a los procesos de violencia. Entonces, casi que uno di-

ría que lo opuesto a la guerra no es la paz sino la violencia. En esa reflexión, hemos planteado que las FARC no aceptó los procesos de los años noventa, le apostó a continuar y a ganar la guerra. Lo que muestra el libro es que a pesar que las FARC logró generar una situación victoriosa en 1998 cuando arrinconó al gobierno de Ernesto Samper (1994-1998)⁷ y obligó al gobierno entrante de Andrés Pastrana (1998-2002) a sentarse de igual a igual con ellos en una mesa, desperdició ese momento. La ausencia de una fuerza política al interior de las FARC, su fractura con el partido comunista, el fracaso de la Unión Patriótica, la muerte de Jacobo Arenas [Luis Alberto Morantes, líder ideológico y fundador de las FARC], le había generado un vacío político que se visualizó con la “silla vacía” en el Caguán⁸. Y desde luego la guerra es guerra cuando es política, si no es violencia. La pura cuestión militar en sí misma es, simplemente, el ejercicio de la violencia y no de la guerra.

Por otro lado, y mirando desde el Estado, la sacralización de la solución negociada condujo a que se creyera que el despeje militar del Caguán⁹, con las connotaciones negativas que hubo y el fracaso mismo, era el fracaso de la solución negociada. Entonces Álvaro Uribe

6 Candidato a la presidencia de Colombia durante los comicios electorales de 1946, donde recibió un amplio apoyo popular. Tras su participación en dichos comicios fue elegido jefe del Partido Liberal y asesinado dos años después en 1948. Acto que dio lugar a una ola de violencia denominada el “Bogotazo”, aunque los levantamientos se extendieron a varias zonas del país.

7 Para mediados de los noventa, las FARC cambió su estrategia de guerra, que algunos analista califican como el tránsito de una guerra de guerrillas a una guerra de movimientos, dicho cambio implicó el “cercamiento” del sur del país. Las tomas y ataques a Las Delicias, San Juanito, Patascoy y El Billar son representativos de ese proceso. De ahí que el gobierno de Ernesto Samper haya sido visto como “arrinconado” por las guerrillas. En ese contexto Andrés Pastrana llega al poder, en parte gracias a su propuesta de diálogo.

8 Así se denominó a la “silla vacía” que debió estar ocupada por el comandante general de las FARC, Manuel Marulanda, en la reunión de enero del 1999 con el presidente Pastrana, a la que Marulanda no asistió. Dicha reunión debió dar inicio a los diálogos de paz entre la guerrilla y el Gobierno.

9 Dicho despeje se realizó en un área de 13.161 kilómetros que comprende el municipio de Cartagena del Chairá y la inspección de Remolinos del Caguán, en el Caquetá. Ordena por Ernesto Samper en mayo de 1997 con el objetivo de permitir a las FARC el despla-

(Presidente en los períodos 2002-2006, 2006-2010), en ese momento de frustración, retoma la bandera de la guerra contra las FARC y la mayoría del pueblo lo acompaña en eso. Defender la solución negociada después del fracaso del Caguán era muy difícil, porque la paz se hace entre dos, si el otro no quiere o no muestra iniciativas claras es muy difícil hacer la paz. Uribe retoma el tema de la guerra como una posibilidad y se establece, aunque no es explícito, que la victoria de las FARC depende de lograr otra vez un despeje en municipios y en departamentos y volver a sentar al Gobierno en situaciones de igualdad, para lo cual usaría como elemento fundamental el intercambio humanitario; lo que indudablemente, frente a un país que pese a los niveles de violencia es compasivo y solidario, les genera un espacio. Uribe, por su parte, le apuesta a golpear a las FARC en su retaguardia, o sea, golpear al Secretariado y lograr el rescate de los secuestrados que están en la retaguardia profunda de las FARC. Lo que se lee además como una victoria del Ejército. Así se logra la muerte de dos miembros del Secretariado, uno acá, en Ecuador, Raúl Reyes, donde las FARC había construido una retaguardia en la zona fronteriza; el otro fue Iván Ríos. A esto se sumó el rescate de Ingrid Betancourt, de militares norteamericanos y de algunos militares colombianos secuestrados. Esos han sido golpes contundentes. Además, el Ejército, con apoyo de Estados Unidos, había dado ya una serie de golpes, pero ninguno del nivel de los que se dieron en el año 2008. Uno podría decir que esos golpes fueron estratégicos.

Por otro lado, en el mismo año (2008), ocurre la muerte de Manuel Marulanda, quien más que un símbolo, era el comandante general de las FARC y, por tanto, quien sostenía o aseguraba la unidad de las FARC. Con esos

zamiento de militares secuestrados por la guerrilla, para su entrega a los delegados de la Comisión de Conciliación Nacional, los representantes de la Cruz Roja Internacional y los representantes del Gobierno, fue el escenario de las denominadas audiencias.

logros y bajo esas circunstancias, el gobierno de Uribe hubiese podido desarrollar una política de paz. Una política de solución negociada, pero no como hace diez años cuando el Estado fue obligado a sentarse, sino en una perspectiva de iniciativa política del Gobierno hacia las FARC. No lo hace, en lugar se le ocurre una “caguanización”¹⁰. Un desperdicio militar desde el Estado colombiano, donde la guerra vuelve, otra vez, a dejar de tener horizontes políticos y empieza a convertirse en violencia desde el Estado.

Entonces, ese es el tema de la inutilidad de una guerra que se desperdicia como esfuerzo de hombres para definir objetivos políticos, sea cual sea la naturaleza de sus objetivos. Y es esto lo que termina generando procesos de más violencia. Es aquí cuando apuntamos a decir que las FARC, por su dinámica guerrillista, no se dio cuenta que habían ganado. Pensamos que el caso de Uribe es diferente, pues al Gobierno no le convenía la paz en función de mantener un Estado precario basado en la popularidad, un Estado incapaz que necesita una cierta dosis de violencia para seguir manejándose, en vez de un Estado institucionalizado, de un Estado Social de Derecho como se inscribe en la Constitución.

El tema de la inutilidad de la guerra es saber que la guerra tiene un cierto límite, en el sentido en que, pese a todo lo que se diga y la repugnancia que genera, es un acto de la inteligencia humana. Incluso en el epílogo del libro nos atrevemos no ha teorizar sino a recoger la teoría que ya ha planteado Clausewitz sobre el tema de la guerra, que tiene tres elementos fundamentales: el odio, por supuesto el sentimiento que es necesario para cualquier guerra; la inteligencia, que es la que permite

10 Esto refiere al discurso elaborado por el gobierno de Álvaro Uribe en que se acusa a las FARC de no estar dispuesto a un proceso de paz. Tal discurso ha servido para impedir el diálogo entre gobierno y guerrilla, y negar de forma rotunda cualquier tipo de despeje militar en cualquier parte del territorio colombiano. Todo esto ha fortalecido la tesis de la eliminación militar de las FARC.

conducir las operaciones militares y construir estrategias; y la política que es la que permite ponerle fin a la guerra. Es decir que la guerra no devore el objetivo para el cual fue hecha o se convierta en violencia y nada más sin desembocar en una paz. Ese es entonces el planteamiento inicial, que la guerra se vuelve una cuestión inútil cuando no sirve para cumplir ningún objetivo y se convierte en un fin en sí misma.

¿En el contexto actual es posible una salida negociada, cuando el narcotráfico ha venido permeando las estructuras del Estado y donde podemos ver en Colombia la influencia del narco paramilitarismo?

Yo creo que la solución negociada a secas no es posible hoy en Colombia. Se necesita un espacio de reformas. La dinámica que tenemos en este momento, como proceso que se viene imponiendo, es una revolución del capitalismo-lumpen, donde los capitales mafiosos e ilegales no son capitalistas marginales y empiezan a tener cada vez más importancia e injerencia en la vida social, política y económica del país; una influencia que empiezan a volverse determinante. La coca como negocio, en cifras aproximadas, hace unos quince años mueve capitales y ganancias controladas en un 70% por Estados Unidos, un 24% por México y un 6% por Colombia. Sin embargo, en una economía tan formidable como la de Estados Unidos ese 70% no le hace “ni cosquillas”, en cambio, ese 24% en México y ese 6% en Colombia sí empezaron a afectar la realidad económica, porque son montos fabulosos para economías como las nuestras. La sociedad colombiana ha sido caracterizada como una sociedad con ausencia de reforma agraria, es decir, con falta de una cierta democracia social en el campo, a la que se suma la ausencia de una revolución liberal que ha hecho que la democracia política en Colombia sea también precaria. Es en este tipo de sociedad que la influencia del narcotráfico en la economía ha he-

cho posible un proceso de revolución lumpen-capitalista que ha permitido ascensos sociales y movilidad económica, en una sociedad muy dura. Esa revolución lumpen-capitalista ha roto ciertos límites.

Alguna gente habla de una cierta democratización de la economía, lo cual no es tan cierto. Por supuesto, esta economía de “riesgo”, ha hecho que mucha gente le apueste a esta lotería y mucha de esa gente termine muerta o presa o extraditada. Es una economía que se alimenta de muchos cadáveres y de situaciones en donde quien no gana, puede perder su libertad o puede perder hasta la vida, porque son economías de riesgo; pero quien triunfa, puede llegar a ser hasta Presidente de la República. Entonces la economía que ha venido dominando a Colombia es como los premios gordos de lotería –si se puede decir así– y combatirla no es un problema solamente político sino profundamente instalado en las estructuras de Colombia.

Se necesitaría hacer una reforma que permita generar oportunidades distintas en el desarrollo humano y económico del país. Entonces, un proceso de paz, si no está atado a un proceso de decisión de reformas, es muy complicado que se haga, más cuando uno sabe que las FARC no tienen fuerza suficiente de orden moral y político, y carecen de la suficiente democracia a su interior para plantear una transformación donde cuenten otros actores. Incluso en el esquema de audiencias que crearon en 1998, la gente sí tiene derecho a hablar pero no hay posibilidad, en últimas, de que esa gente se convierta en un actor decisivo para un proceso político, simplemente habla. Esto ha servido para avalar el discurso de las FARC pero no para generar y respetar esos discursos independientes de actores armados. Estos discursos han servido para decir “ve, la gente aquí se está quejando, mire que hay inconformidad”, pero esto no es suficiente, lo que los ha transformado en discursos para avalar la rebeldía, pero no para construir unos discursos en común, a diferencia de hace veinte

años, cuando nosotros planteamos –creemos– un espacio democrático, para con una Constitución diferente, la de 1991, poder reconstruir el país.

En este momento, ese espacio, tiene que ser un espacio también democrático, pero tiene que apostarle a reformas políticas que fueron los pendientes en la Constitución de 1991 y que no podrán darse simplemente en el antagonismo gobierno-guerrilla. De ahí que tiene que haber una gran participación de la sociedad civil, del movimiento popular, de las fuerzas que podrían estar interesadas en un país distinto; porque en el país que tenemos, la economía ilegal sigue floreciendo, es un proceso de Colombia y en expansión hacia otros países.

Se trata entonces, de un proceso enorme y creo que los países vecinos, debido también a situaciones de pobreza, de miseria, no tienen defensa frente a ese tipo de economía, porque no es que el presidente Uribe o los paramilitares sean una cabeza dirigiendo ese proceso. Estos son más bien fenómenos que ocurren y que van más allá de muchas de las voluntades de las personas, pero estos fenómenos hay que reconocerlos. Creo que ni desde Colombia ni desde los países vecinos afectados por esos procesos socio-económicos, hay una mirada amplia de cómo confrontarlos. Ese es, me parece, uno de los problemas graves que hay, pero desde luego, la solución negociada sí está ahí vigente.

Cuando las marchas contra las FARC y el secuestro, nosotros, desde el Observatorio de Culturas, hicimos una encuesta a la gente sobre si estaba de acuerdo o no con la solución negociada y, pese a que todo el mundo condenaba a las FARC y al secuestro, el 80% de la gente decía que sí, que le parecía que la salida era negociada. Ahora, plantear a secas la salida negociada, no es suficiente, hay que decir bajo qué contexto es posible la salida negociada. Y creo que sobre eso, la gente que ha venido trabajando los temas de paz no ha avanzado mucho. Tal vez Gustavo Petro¹¹ ha planteado el tema de la negociación con reformas como

algo articulado, pero ha sido una voz solitaria. En los sectores académicos, la articulación entre reformas y negociación no ha sido suficientemente trabajada.

¿Qué riesgos produce el conflicto colombiano en términos de América Latina, teniendo en mente la campaña que ha desarrollado el Gobierno colombiano y que culminó con la muerte de Raúl Reyes en territorio Ecuatoriano?

La octava Conferencia del M-19 la hicimos en el Putumayo, cuando decidimos la construcción de un ejército, justamente cuando Belisario Betancur habló de paz y dijo que ni una gota más de sangre entre colombianos, abriendo un momento político que iba en contravía de nuestro planteamiento estratégico. En ese momento estábamos situados en el puro sur de Colombia, en los límites con Ecuador. Muchas de las personas llegaron a la Conferencia por el Ecuador, a través de rutas clandestinas. Allí yo pude sentir que había una frontera muy porosa y muy abandonada de parte y parte, incluso más de Colombia que de parte de Ecuador, pero en general con unos niveles de abandono enormes. Sentí la gran vulnerabilidad que tenía Ecuador en esas fronteras frente a la expansión. Milagrosamente –por otras razones–, no había cultivos de coca en Ecuador, era muy curioso, porque el Putumayo ya era en ese momento un Departamento tomado totalmente por los cultivos de coca.

En el recorrido que hice, solamente encontré una finca en la que no se sembraba coca, era de evangélicos; pero ellos se aprovechaban del negocio de la coca porque vendían carne a muy buen precio a la gente. Lo que quiero decir, es que uno cruzaba la frontera y no había una sola mata de coca al otro lado y menos aún laboratorios. En la parte colombiana, todas las fincas por pequeñas que fueran,

¹¹ Ex miembro del M-19, actual candidato a la presidencia por el Polo Democrático Alternativo.

montaban su ramada donde procesaban y sacaban base de coca. Los colombianos generalmente no han vendido hoja de coca, aún el más pobre, siempre ha vendido base de coca, ha habido siempre un proceso de transformación. Pero ya desde allí uno visualizaba que había una frontera real en el sentido de que mientras en Putumayo se estaba desarrollando una economía coquera, en Ecuador no.

Después, durante el año 1999, desarrollamos un estudio sobre paz en las fronteras y encontramos que había una cierta contaminación que estaba relacionada además con la pérdida de cierta institucionalidad en las fronteras ecuatorianas, fundamentalmente en provincias como Esmeraldas y en la zona de Lago Agrio, más que en la zona andina de la provincia del Carchi. Pero de todas maneras, aún en la parte andina, ya se sentía que había habido un deterioro de la institucionalidad. Incluso se hablaba ya de la “colombianización” de la zona fronteriza ecuatoriana, un término un poco peyorativo pero era cierto, había un proceso de “lumpenización” de la economía ecuatoriana. En Esmeraldas era dramático, no había gobierno, no había gobernador, la persona que estaba ejerciendo la Prefectura era encargado y era una zona que estaba siendo invadida por capitales mafiosos. Entonces, uno siente que más allá de que Raúl Reyes estuviese en la provincia de Sucumbíos, más allá de que a Simón Trinidad lo hubieran capturado en Quito, más allá de esa penetración fuerte de las FARC en Ecuador a través de personajes altamente destacados, esto era posible gracias a esa expansión de redes de lumpen-capitalismo colombiano que se habían logrado articular con la economía ecuatoriana.

Entre 1999-2002 durante el gobierno de Andrés Pastrana se inició el Plan Colombia con las fumigaciones y persecución al lavado de activos y muchos capitales de estos mafiosos colombianos comenzaron a migrar a Ecua-

dor y a Panamá. En ese momento los gringos acababan de salir de Panamá y decían “gracias a dios llegaron los colombianos”, “llegó el capital colombiano”, en tanto uno veía aquí, en Quito, cómo la industria de la construcción tenía un boom importante, debido a mi parecer a esa migración de capitales mafiosos que coincidió con la dolarización de la economía ecuatoriana, que facilitaba el lavado de activos, mucho más que cuando la moneda era el sucre. Ya se habían roto unas fronteras de orden económico monetario que facilitaban el flujo de estos dineros. A finales de los noventa, al puro filo del nuevo milenio, hablamos con alcaldes y organizaciones de la frontera de ambos lados y empezamos a ver que era un fenómeno que se extendía, y quedó en las memorias de ese encuentro, como procesos riesgosos de colombianización del conflicto. Entonces, uno sí piensa que más allá de los temas ideológicos, más allá del conflicto colombiano, está también, de una manera todavía un poco subterránea, los modelos de desarrollo.

El lumpen-capitalismo es algo más tenebroso que el capitalismo neoliberal, que el capitalismo salvaje como algunos lo llaman; es mucho más salvaje porque incluso el capitalismo neoliberal necesita ciertas dosis de Estado para funcionar bien, en tanto el capitalismo mafioso necesita un Estado precario, que es el Estado que en este momento están tratando de mantener e implementar como deseable en Colombia. Creo, entonces, que vale la pena examinar con mucho cuidado lo que está pasando en Colombia, más allá de reducirlo a un problema de terrorismo, de lucha armada o incluso de una lucha entre derecha e izquierda. Si se piensa solamente así, creo que la mirada se vuelve muy simple y hay el riesgo de que se termine siendo devorado por ese proceso en expansión que es toda la revolución del lumpen-capitalista que ya ocurrió en Colombia.